

S E R M Ó N

en honor de la Santísima Virgen, predicado en la
solemne función del

V I E R N E S D E D O L O R E S

por el cura propio de San Francisco Lcdo. Don
Antonio Artiles y Rodriguez
el día 11 de Abril de 1919.

Con licencia de la autoridad eclesiástica



A la Santísima Virgen

Señora:

A vuestras plantas sacratísimas llega humillado este pobre sacerdote, devoto de todos los títulos con que la piedad os venera, pero de un modo especial, de este: VIRGEN DE LOS DOLORES.

Consagrado al servicio del Altar, donde, desde niño me presentaron mis padres, devotísimos, a fuer de fervorosos católicos, de la Madre de Dios y de los hombres, a nadie, sino a Vos debo dedicar esta producción de mi escasísimo ingenio, que doy a la luz en esta forma solemne en testimonio de amor y gratitud, por haberme colocado Vuestra Mano, en un Santuario para ser, aun que indigno, vuestro Capellán y siervo.

A los Sagrados Pies de Vuestra
Excela Majestad:

ANTONIO ARTILES RODRÍGUEZ

Pbro.



Mulier ecce filius tuus

(Joan. cap. XIX v. 27.)

VENERABLES SACERDOTES; AMADÍSIMOS HERMANOS:

Si a mí me fuera dado en estos momentos abrir mi pecho y poner en vuestras manos mi corazón, lo sentiríais latir a impulso de unos sentimientos tan íntimos e inefables, que sólo el corazón puede expresarlos con el lenguaje del llanto, que, unas veces, se manifiesta al exterior por medio de las lágrimas que brotan de nuestros ojos, surcan nuestras mejillas y caen sobre nuestros pechos a modo de benéfico y delicioso rocío; y otras, permanece oculto allá en el fondo del alma, porque la fuerza de la emoción y la viveza del sentimiento, secan las lágrimas en su propia fuente. Así se explica que, sin derramar lágrimas y con los ojos secos, pueda yo hablar de los dolores y sacrificios con que María nos engendró y dió a luz a la vida de la gracia, en el momento mismo en que la sangre del Justo cayó a torrentes, sobre el Gólgota, para la redención del mundo.

El llanto, como lenguaje del corazón, si se des-

ata en lágrimas, dulcifica las penas y alivia el alma; pero si es íntimo y secreto, oprime el corazón y lo enferma, porque le falta el riego natural que son las lágrimas; por eso, con los ojos secos, pero con el alma transida de pena, hablo yo de los dolores de la Virgen en este día en que la Naturaleza y la fe piden y reclaman el dolor más intenso, la compasión más grande, las lágrimas más amargas, pues la Virgen de nuestros amores, nos dice desde el Calvario, con más razón que la antigua Noemi: “No me llaméis graciosa, sino amarga, porque el Omnipotente me ha inundado de aflicción.”

¡Qué recuerdos tan tristes tiene para mí un Viernes de Dolores, porque hoy no puedo olvidar el momento en que mi padre agonizante me bendijo con voz robusta ante un Calvario, que, en vida, me había legado como heredero de su fe y en prenda de su amor! ¡Qué consuelos tan dulces e inefables trae a mi memoria un Viernes de Dolores, porque en este día la fe me alienta para pedir a Dios saque de penas y dé la gloria al autor de mi existencia, que, en vida, tuvo por única obsesión el amor a Jesucristo Crucificado y la devoción a María, que, al pie de la Cruz, nos adoptó por hijos en la persona de San Juan, y a quien el discípulo amado, desde aquella hora, recibió por Madre!

¡Ah, señores! No hay nombre más dulce, más simpático, más irresistible, ni que brote con más espontaneidad de los labios, que el nombre de madre: no hay ser que tenga para nuestros corazones encantos, finezas, amores, ni correspondencias, co-

mo la mujer que es nuestra madre; si lloramos, con nosotros llora; si padecemos, con nosotros enferma; si la tribulación, la angustia, el dolor y la pena abaten nuestro espíritu, encontramos legítimo y natural desahogo dando este grito que arranca siempre del fondo del alma: ¡Ay, mi madre! Dulce e inefable consuelo que la Naturaleza proporciona al hombre en las situaciones tristes y azarosas de su existencia; mas, para que tampoco le faltara en el orden sobrenatural o de la gracia, Jesucristo, antes de morir, nos dió la última prueba de su caridad infinita, la última prenda de su misericordia sin límites; nos hizo el último legado que representa el *summum* del amor divino y que es seguro de vida eterna, diciendo a su Madre: *Mulier, ecce filius tuus*.

Ni podía ser de otro modo, para que no se rompiera la unidad que resplandece en todas las obras de Dios, para que resultara analogía completa entre la creación del hombre y su regeneración.

Cuando Dios crió al hombre, vió, según se lee en la Escritura Santa, que no era bueno que estuviera solo; le infundió un sueño y formó de una de sus costillas a Eva, madre del género humano, pues del mismo modo, sobre la Cruz, en el Calvario, cuando Jesucristo muriendo iba a darnos la vida sobrenatural, vió que no era bueno que quedáramos solos y destinó a Eva inmaculada que allí estaba para que fuera madre de todos los creyentes; entonces fué cuando fijando su mirada en María, le intimó la obligación de recibirnos por hijos, siendo desde este momento, su maternidad con relación al hombre,

un hecho al cual van vinculados los mayores triunfos, inseparable de las más grandes misericordias.

La palabra, *Mulier, ecce filius tuus*, envuelve necesariamente la doble idea de misericordia y de triunfo; es vigorosa expresión de la voluntad eficaz que tuvo el Hombre-Dios de redimir al mundo con la cooperación de la mujer, que fué al Calvario para triturar con su planta virginal la cabeza de la vieja serpiente, ligando al pie del árbol sagrado al dragón infernal.

¡Oh, qué cuadro tan consolador y divino se ofrece a nuestra vista! Triunfa el vencedor por naturaleza y la humanidad sabe que Cristo es su Redentor. Triunfa la vencedora por gracia, y la humanidad oye decir que María Corredentora es su Madre. *Mulier, ecce filius tuus*. ¡Mujer! Eres verdadera y legítima madre de la porción escogida, porque este mi cuerpo, hostia pura, santa, inmaculada que ahora se ofrece por la redención del mundo, lleva la sangre de tu corazón, me lo dió tu purísimo seno. Yo voy a dar la vida al Universo con mi sangre, y tú la has de comunicar a la humanidad con tus dolores.

¡Oh, misterio de la predestinación y de la gracia! Y es, señores, que Dios pudo poner a prueba la fidelidad de Abraham exigiéndole que llevara a su hijo al Monte Moriah; que pusiera sobre sus hombros la leña del sacrificio y que armara su brazo para cortar, de un tajo, el cuello del inocente Isaac; pero lo que Dios exigió al Santo Patriarca no pudo pedirlo a ninguna mujer, porque esa clase de sacrificios es contraria a la naturaleza del amor de una

mujer que, a la vez, es madre. Sacrificador y madre son dos oficios que se excluyen, se repelen y no caben en el corazón de una mujer que tiene entrañas de madre; por eso el Divino Isaac que, por su propia madre, había de ser ofrecido al Eterno, como víctima de expiación; que, por su propia madre, había de ser llevado al Calvario para que allí derramara, gota a gota, toda su sangre por la redención del mundo, nació de la virgen que fecundó el Santo Espíritu, no pudo ser hijo de una mujer que concibiera en la iniquidad y el pecado; es decir, que María no es una mujer madre, sino que es una madre Virgen.

Ese privilegio singular, milagro de los milagros que Dios hizo a la mujer que le había de ayudar en la obra de la Redención, es el secreto de la fortaleza de María al pie de la Cruz; es la razón de la maternidad infinitamente fecunda de la Virgen en el Calvario, donde sin dejar de ser madre de Dios, Jesucristo la constituyó madre del hombre. *Mulier, ecce filius tuus*. Palabras, señores, que son todo lo punzantes y desgarradoras que dicen los místicos, pero que no humillan a la Virgen, y menos la despojan de su dignidad de madre de Dios, sino que la suponen y se la confirman, pues le confieren una misión que la coloca, en cierto modo, a nivel del Redentor. Sin el Verbo humanado no se hubiera efectuado la redención; sin la mujer María, tampoco lo hubiera sido.

¡Oh, madre mía! ¡Qué inefable placer me embarga cuando, a través de las rojas nubes del Calvario, te veo a la par con el Sol de Justicia, siendo

la luz de todas las naciones, la redención del mundo cautivo, la libertad del pueblo de Dios, vida, esperanza y consuelo de la generación predestinada que al salir del costado del nuevo Adán, busca tu sagrado regazo y descansa regocijada en tu seno que para ella tiene ternura y amor de madre!

Cuando yo, señores, subo con la consideración al monte del Sacrificio en la hora del martirio del Justo, mientras la sangre de expiación del Inocente marca la generación predilecta, con mi frente pegada a las rocas de la sagrada montaña, adoro la fecundidad de la Virgen que, si por su Maternidad divina unió a Dios con el hombre, por espiritual generación llevó el hombre a Dios; pienso que si el Salvador agonizante la llamó mujer y no madre, es porque de tal modo amó a la humanidad que le dió a su madre que es la Virgen de los Dolores, como El es Varón de dolores, desde que Dios, también por amor, lo dió al mundo para su redención. Dios, que es la Caridad, dió al mundo el Redentor: Jesucristo, que es la Misericordia, le dió la Corredentora.

Hablaré de María Corredentora, porque yo me propongo demostrar, que María, al pie de la Cruz, nos engendró por amor sobrenatural y con caridad divina; que María, al pie de la Cruz, nos engendró con su propia sangre; que María nos dió a luz con inmensos dolores en el Calvario.

Madre mía: tú sabes el amor que yo profeso a este misterio, y que lo mamé con la primera leche que me dió mi madre, y que lo adoro con la misma fe que me comunicó mi padre a los pies del amor de

sus amores que era tu Hijo crucificado; por consiguiente, si mi palabra es rebelde y no acierto a expresar mi pensamiento, la culpa no es mía, y para que no me falten las luces del cielo, las pido por tu intercesión, que eres asiento de la Increada Sabiduría, diciéndote con el ángel. Ave María.

Es tan íntima la relación que existe y tan grande la semejanza que hay entre la maternidad divina y la humana, que, amando a ésta, necesariamente adoramos aquélla. El corazón de una Madre es la personificación de la nobleza y la encarnación del sacrificio; su compasión engéndrase por el amor, nútrese con el sufrimiento, crece en lucha con la adversidad, y es tanto más viva, fecunda y generosa su acción, cuanto más frecuentes y rudas son las pruebas que sufre en la hora de la desgracia, cuando la Providencia la somete al crisol del infortunio: la madre ama sin conocer el egoísmo; su amor es tan misterioso y puro, que es más vehemente, mientras menos correspondido; más constante, mientras más contrariado; más generoso, mientras más despreciado; más fuerte, mientras más combatido; pues para ninguno de vosotros es una paradoja, que cuanto mayores son los disgustos que una madre sufre por sus hijos, tanto más los ama; cuanto más grandes los trabajos y sacrificios que les cuestan, mayor es su afecto y ternura para con ellos; cuanto más defectuosos y deformes son, tanto mayor es la compasión que le inspiran; cuando más repugnantes y contagiosas son las enfermedades que sufren, más lejos está de abandonarlos.

Todo amor natural cede y se debilita en determinadas circunstancias; sólo el amor de madre, ni cede, ni se cansa, ni se debilita. El amor de madre triunfa siempre y está a prueba de todo, desafiando la muerte, despreciando la vida, para comunicarla al que es fruto de castos y legítimos amores. Yo recuerdo a este propósito haber leído, y cuenta, que nuestras madres tienen el mismo valor y están dispuestas a esta clase de heroísmos, que en el sitio de París, reinando Enrique V, una mujer que era madre, viendo que el hambre debilitaba sus fuerzas y secaba sus pechos, viendo que el hijo de sus entrañas se moría por falta de leche, cortó una vena de sus manos y aplicándola a los labios del niño espiró, mientras pronunciaba éstas palabras: "Bebe, hijo mío; bebe con la última gota de la sangre de tu madre el último suspiro de su amor, la última palpitación de su corazón enamorado."

Si así ama la mujer que concibe según la generación de la carne; para que veais lo que es, lo que vale y como ama nuestra madre en el orden de la gracia, subid conmigo al Calvario, donde María por la crucifixión de su hijo, lavó con sangre divina la mancha de la culpa, para que el hombre tuviera vida sobrenatural, a la que está vinculada la corona de la gloria.

Anuncio profético de la ocasión y circunstancias en qué María había de ser constituida madre del linaje humano, es el canto que el Profeta de los llantos consagró a la desolación de la Jerusalén de la gracia en el tipo de la Jerusalén de la tierra. "El vió

solitaria a la Ciudad más populosa y reducida a una especie de viudez a la señora de las naciones. Vióla abismada en una tristeza inconsolable, surcadas sus mejillas por el llanto, desamparada de sus amigos, sin encontrar entre sus antiguos amantes, quien diera el menor lenitivo a su acerbo dolor, despojada de sus gracias, privada de su belleza, gimiendo en un abatimiento profundo bajo la acción de sus enemigos, cual viña vendimiada en quien ha desfogado el Señor todas sus iras, circumbalada por todas partes de furiosos émulos y derramando, día y noche, fuentes de lágrimas, ausente del que era su único consuelo, su propia vida."

Después de la desgarradora escena del Calvario en que tuvo exacto cumplimiento el vaticinio de Jeremías, las generaciones todas llaman bienaventurada a María, que si enamoró a Dios por la Virginitad, le llevó en su seno por la humildad, es madre del Hijo del Altísimo, y por un privilegio infinitamente misericordioso que el Redentor, desde la Cruz, y sellado con la sangre de sus heridas, nos hizo en la persona de San Juan, es también madre de la humanidad redimida.

Yo, como partícipe del legado, prenda de salvación, que el Hombre-Dios hizo a la raza de Adán en su testamento, subo a la montaña del sacrificio, e iluminada mi inteligencia con la luz que brota a torrentes del misterio de nuestra adopción, contemplo al pie del árbol de la vida a la mujer fuerte, que es madre inmaculada de los que, por predestinación y gracia, somos hijos de Dios y herederos de su glo-

ria, como en los albores del tiempo veo al pie del árbol de la muerte a la mujer madre de todos los vivos, que, por su prevaricación, nacen siendo hijos de maldición y de ira.

Ved a María desde este momento siendo la esperanza del hombre caído. Vedla cómo brilla y resplandece en la noche oscura del pecado. Vedla cómo pasa derramando gracia y hermosura por los sitios en que lloran sin consuelo el señor y el ángel del Paraíso al abandonar, hecha girones, sobre las flores del Edén, la túnica de la inocencia y manchado por la fruta prohibida el manto de la justicia original. Vedla, vedla, cómo derrama luz en los horizontes de los pueblos, mientras la descendencia de Adán atraviesa el inmenso erial de la tierra pisando abrojos y espinas, derramando lágrimas, dando gemidos, exhalando suspiros, gangrenada el alma y lleno el cuerpo de llagas.

¡Oh, feliz culpa!, exclama la Iglesia al considerar que, si por el pecado de Adán abundó el delito, por los méritos de Cristo sobreabundó la gracia. ¡Oh, feliz culpa, que, si por la malicia que encierra el pecado de Adán, mereció tener un Redentor, por la fragilidad que supone la culpa de Eva, debió tener una Corredentora! ¡Oh, feliz prevaricación!, diré yo, porque si Eva, por su flaqueza, nos echó del Paraíso y convirtió la tierra en un valle de lágrimas, María por su fortaleza es puerta del cielo y causa de nuestra alegría, y si Eva es madre del hombre según la naturaleza, María lo es en el orden sobrenatural o de la gracia.

MATERNIDAD DE LA VIRGEN POR LOS
DOLORES CON QUE NOS ENGENDRÓ Y
:: DIÓ A LUZ EN EL CALVARIO ::

Escuchadme breves pero sólidas consideraciones. Esta maternidad se la impuso su Hijo que, a la vez era su Dios, sin pedir ni esperar su consentimiento, a diferencia de lo que aconteció cuando tomó carne en sus entrañas virginales, porque entonces el Ángel le anunció que concebiría y pariría un Hijo. La Virgen, replica: “¿Cómo puede suceder esto cuando no conozco varón?” Y sólo cuando dijo: “He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra”, el Espíritu Santo le hace sombra con sus alas y el Hijo del Altísimo toma carne en sus entrañas; pero, para constituir la nuestra Madre, Dios no le hace anuncio, ni le admite réplica, sino que le habla como Redentor, y le dice: “Mujer, no tienes que dispensarme los oficios de la maternidad, porque todo está ya consumado y me vuelvo al seno de mi Eterno Padre, donde soy esencial e infinitamente bienaventurado.”

Muéstrate Madre con los hombres, a los que acabas de dar a luz en medio de los inmensos dolores que te causa ver mi cabeza donde residen los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios, coronada con diadema de espinas; ver mis manos que sostienen el Universo atravesadas con duros clavos; ver mis pies que llevaron la paz a todas partes rasgándose con el peso del cuerpo que tomé en tu purísimo seno; ver mis ojos que encendieron el sol e iluminaron las

estrellas apagados por el sudor y la sangre que los baña; ver mi lengua, que evangelizó a los pobres, seca por el ardor de una fiebre de infinito amor que devora mis entrañas; verme hecho blanco del odio de la sinagoga y del furor de una turba deicida, de la rabia del Infierno y de las venganzas todas de una raza de víboras; verme maldecido por los que enriquecí con los tesoros de mi beneficencia, calumniado por los que iluminé con los resplandores de una doctrina que traje del cielo; verme, en fin, azotado, escupido, tratado como loco, pospuesto a Barrabás, clavado en una cruz por esa generación mala y adúltera que no me reconoce como autor de la vida y de la muerte, aunque en su presencia dí vista a los ciegos, oído a los sordos, lengua a los mudos, movimiento a los paralíticos, salud a los enfermos y resucité a los muertos.

¡Oh, dolor! ¡Oh, pena! ¡Oh, amargura, nunca bien ponderados! Con razón los declara un profeta inmensos. *Magna est velut mare contritio tua*, grande es como el mar, tu aflicción. ¡Oh, Virgen de los Dolores! Con sobrado fundamento, el Doctor Seráfico, al contemplarte en el instante en que Jesucristo te constituyó nuestra Madre, exclama absorto y transido de dolor: “Yo busco a María en el Calvario, y sólo encuentro allí clavos, espinas, azotes, lanza, cruz, sangre, heridas...”

¡Tan grande fué el anonadamiento que María sufrió en el Calvario; ¡Tan acerbos los dolores con que nuestra Madre nos engendró al pie de la Cruz, y de tal modo estuvo en el Gólgota interesada por

nuestra salvación que, sólo por gran milagro, pudo estar de pie, tres horas, junto a la Cruz, viendo agonizar y morir al Justo, víctima de su amor al pueblo deicida, pues el cielo implacable le abandonó para que consumara el exceso de locura de infinito amor, que le llevó a derramar su sangre por el hombre, para que saciara la sed inmensa de padecimientos que le devoraban, sobre la montaña del Sacrificio, donde exánime, dijo: "Tengo sed", y pronunció palabras de misericordia en defensa de sus propios verdugos!

El desamparo que el Hombre-Dios sufrió en la Cruz, superó, sin duda, los dolores todos de la pasión, pues le obligó a exclamar: "¡Padre mío! ¡Padre mío! ¿Por qué me has abandonado?" Ese abandono pudo sufrirlo Jesucristo, que, si era Hombre, era también Dios; ese abandono no lo hubiera soportado la Virgen, que, aunque era Madre de Dios, no era Dios; por eso su Hijo, ni siquiera en los momentos más angustiosos de su agonía la olvidó, sino que, entonces, le dió por hijo al virgen Juan, queriendo por este hecho, dice San Agustín, darle un apoyo y un sostén.

No consintió el Salvador que estuviera sola su madre, cuando víctima del amor más encendido, y sostenida por una caridad insuperable, apuró las heces de aquel cáliz, que El pidió al Padre que pasara, porque era de una amargura infinita, que a El, con ser la fortaleza divina, hizo sudar sangre en el Huerto de los Olivos; que a El, con ser Hombre-Dios, hizo caer desfallecido en la calle de la amargura; que

a El, con haber venido a la tierra para redimir al mundo con su sangre, le hizo exclamar: "¡Padre mío, si es posible, que pase de mí este cáliz!" Y si el Padre le envió un ángel del cielo para que le confortara en su espantosa agonía, El, en el Calvario, dió a su madre el angélico discípulo, para que la sostuviera mientras consumaba el sacrificio espiritual, que le mereció, sin morir, la palma de horrible y espantoso martirio.

Los mártires, dice el piadoso Guillermo, sufrieron y murieron por Jesucristo: María sufre y muere con El. Ella es la única que puede decir que dividió con El su martirio y que su corazón fué desgarrado por el mismo dolor que El sufrió. Y mientras que los otros mártires fueron bañados en su propia sangre, que era sangre humana, María fué regada con la sangre de su Hijo, que es sangre divina. Las espadas, las hachas y los potros fueron los instrumentos que causaron los tormentos de los mártires; el instrumento que causó los padecimientos de María fué el mismo Jesucristo, cubierto de heridas, clavado en la Cruz, insultado y espirando en un océano de oprobios y de dolores. No puede, por consiguiente, comprenderse, no puede explicarse, dice San Anselmo, el rigor de su martirio; porque ella fué mucho más dolorosamente martirizada por la muerte de su Hijo que por la muerte que ella misma hubiera podido sufrir por El.

¡Oh, grandeza! ¡Oh, inmensidad de los Dolores de María! Ella sufrió en su alma los dolores todos de la pasión de su Hijo. Los padecimientos de los már-

tires, comparados con los de la Virgen, son como pequeños ríos que se pierden en un mar sin fondo ni riberas; son como las estrellas, que palidecen y no brillan en presencia del sol. No os asombre lo atrevido del pensamiento, ni la exageración de la frase, pues así hablan los místicos más santos, y los doctos más místicos. San Basilio dice que la Virgen excedió en sufrimiento a todos los mártires, cuanto excede el sol en claridad a todos los planetas. El dolor de María al espirar su Hijo fué tan cruel, que, en sentir de San Bernardino de Sena, si se hubiera repartido entre todos los hombres hubiera bastado para hacerlos morir. Cuanto la crueldad de los tiranos hizo sufrir corporalmente a los mártires, es nada, en opinión de San Anselmo, comparado con lo que padeció María en su corazón viendo agonizar a su Unigénito. El devotísimo Arnaldo dice: "Cristo inmolaba la carne; María el alma." La Iglesia, en fin, canta en uno de sus himnos que, mientras Jesús rociaba con su sangre el altar del Sacrificio, ofreciéndose víctima de expiación por los pecados del mundo, María rivalizando en celo y amor hacia los hombres, sacrifica su corazón en el instante mismo que el Salvador sacrifica su cuerpo.

Abismado San Buenaventura en la contemplación de los dolores de María, no pudo contener este grito de dolor: "¡Oh, Señora! ¿Dónde estabas? ¿Acaso al pie de la Cruz? No; estabas clavada con Cristo en la misma Cruz." Pendiente estaba el hijo de la Cruz, y la Madre se ofrecía a los perseguidores, dice el Santo Obispo de Milán. El Hijo y la Madre, en fra-

se de un piadoso escritor, estaban en el Gólgota, como dos espejos que se envían recíprocamente las imágenes de los objetos que reciben y reproduce. Por ese flujo y reflujo de dolores, el dolor de Jesús se reflejaba en María, y de ella volvía otra vez a Jesús...; era un mismo suplicio.

¡Oh grandeza! ¡Oh inmensidad de los Dolores de María! Cuando yo, en momentos de soledad y en ratos de meditación los contemplo, no puedo menos de exclamar con aquellos mismos sentimientos de admiración y de estupor, de espanto y amargura con que, en otro tiempo, exclamaba el Doctor melífluo: “¡Mujer, he ahí a tu hijo!” ¡Oh palabra punzante! ¡Oh expresión más cruel que todos los tormentos, más desgarradora que todos los martirios, más insoportable que los mayores sacrificios! “¡Mujer, he ahí a tu hijo!” ¡Qué sustitución tan dolorosa! ¡Qué cambio tan cruel! ¡Haber de aceptar al hijo del Zebedeo por el Hijo del Altísimo! ¡Al discípulo por el Maestro! ¡Al pecador por el Justo! ¡Al hombre por Dios!...

¡Oh Virgen! ¡Oh Madre! Pienso con San Bernardo, que tu humillación, dolor, sacrificio y martirio fueron inmensos, al recibir por hijo al pecador, causa de la crucifixión y muerte del Hombre-Dios; pero creo que la dicha, gloria y exaltación del hombre no tuvieron límite, desde que, representado por el discípulo, te recibió por Madre, para vivir y reinar con Cristo, patrimonio exclusivo de tus hijos. Desde este punto de vista, “¡Mujer, he ahí a tu hijo!”, es palabra de triunfo y misericordia.

Acabo, como veis, de navegar en el océano de las tribulaciones de María, y, sin embargo, me asombra y maravilla el laconismo del Evangelio que la representa de pie junto a la Cruz, sin decir, como observa San Ambrosio, que llorara, pero ni siquiera lo indica, pues sus lágrimas eran interiores, y quemaron su alma sin refrigerio. Agar, prototipo de madres desgraciadas y afligidas, se aleja de su querido Ismael, porque no puede ver sus sufrimientos, ni recibir su último suspiro; pero María, lejos de abandonar el Calvario, permanece allí con la mirada fija en las heridas, que desde la planta del pie hasta la coronilla de la cabeza, cubren el cuerpo del Redentor, no sólo porque el amor a su Hijo-Dios era más fuerte que la muerte, sino también por amor al hombre, pues era Corredentora.

Es de fé, que Jesucristo murió por todos los hombres que estaban muertos; pero antes de espirar los hizo hijos de su Madre, para que ésta les comunicara la vida que El les mereció con su pasión y muerte. Dada la naturaleza e importancia de esta misión, que encarna la palabra "¡Mujer, he ahí a tu hijo!", para probar la verdad de mi tesis me basta hacer algunos comentarios sobre ella. Por eso la estudiaré con el libro de la revelación en la mano, mirando al Paraíso y al Calvario, escuchando a Dios y a Jesucristo.

EXPLICACIÓN DE LA PALABRA
"¡MUJER, HE AHÍ A TU HIJO!"

Al estudiar el misterio de la Cruz, no es posible

conocer la altísima y sagrada significación de la palabra, mujer, sin tener presente la caída del hombre por el triunfo de la serpiente sobre la mujer, la elevación del hombre por la victoria de la mujer sobre la serpiente y su descendencia, y el hecho de ser aplastada la cabeza del gran tirano por el pie virginal que audaz acechaba.

En la mañana de los tiempos, Dios crió al hombre, le puso en el Paraíso, le dió con la gracia y justicia original dones eximios de naturaleza, le coronó de honor y gloria, puso debajo de sus pies los seres todos del Universo. Maravillosa lira, le llama Clemente Alejandrino, donde repercutían las notas del grandioso himno que la Creación consagra a la gloria del Excelso. Le dió por compañera a una mujer para que sembrara flores en sus sendas y derramara luz en sus horizontes. Juntos atravesaron el primer hombre y la primera mujer las espléndidas moradas del Edén, y, a orillas del río de la vida, como en clarísimo espejo, contemplaron extasiados la hermosura de la imagen de Dios, que era su propia hermosura.

Colocados en amenísimo huerto, donde era incienso muy oloroso el perfume de las flores que engalanan los valles y embellecen la pradera; alimentados por exquisitos frutos, que les preservaban de la enfermedad y vejez, la vida para ellos tenía las delicias y encantos de una perpetua primavera: sin comer la fruta prohibida, no podían morir, pues su tránsito a los cielos sería precedido de un sueño, que les había de infundir Dios, para que despertaran en

medio de los ángeles, sus hermanos y compañeros. Esa es en síntesis la primera página del Génesis. Pero en ese mismo libro se lee la historia de una desnudez y de una caída que llenan el alma de inmensa pena e infinita amargura. Después de escena tan desgraciada, Moisés, el más antiguo de los historiadores, nos habla de una promesa y de una esperanza, de unas enemistades y de un triunfo que constituyen el hecho más trascendental de la Historia.

Una mujer al pie de un Arbol del Paraíso, por la culpa del Adán terreno, hizo a la humanidad esclava del ángel de las tinieblas; otra mujer, al pie del Arbol del Calvario, por la Justicia del Adán celestial, le dió la libertad de los hijos de Dios. El Eterno dijo a la serpiente que sedujo a la mujer compañero de Adán: "Pondré enemistades entre tí y la mujer, entre tu descendencia y la suya: ella quebrantará tu cabeza." ¿Qué objeto tienen esas enemistades, sino colocar de nuevo al hombre en el orden sobrenatural, donde espere resplandores divinos la luz de la Revelación? ¿Qué resultado corona esas enemistades, sino el triunfo de la mujer a quien el Rey sabio saluda como columna de oro en el templo de la regeneración espiritual?

Obtenido el triunfo, conseguida la victoria, después de lucha sangrienta en que riñen batalla encarnizada la Justicia y el pecado, la luz y las tinieblas, la libertad y la esclavitud, la vida y la muerte, el Cielo y el Infierno, el Libertador divino ciñe la frente de María Corredentora con los laureles del triunfo, dándole por herencia a la generación santa.

Mulier...

¿Puede darse un triunfo mayor? Nunca. ¿La mujer y su descendencia pudieron oír una palabra más misericordiosa? Jamás. ¿Cuadra esa palabra a la predestinación de María? Indudable. Salió de la boca del Altísimo, *primogénita ante omnem creaturam*, para dar a los cielos la Humanidad Santísima de Cristo, habitar en la casa de Jacob, tener su herencia en la de Israel y echar raíces entre los elegidos que ven en ella a la mujer objeto del oráculo paradisiaco, y que, fija en la mente divina, asistió a los eternos consejos, cuando aún no existían los abismos, ni las fuentes habían brotado, los montes no se habían sentado sobre sus pesadas moles, la tierra no había sido hecha, ni los ríos, ni ninguna de las maravillas que encierra el Universo, donde los cielos cantan la gloria de Dios y el firmamento pregona la Omnipotencia de su mano.

¡Oh! ¡Tierno y delicado capullo que estás prendido junto a la esencia misma de Dios, clarísima estrella del Empíreo, fragante azucena del Edén divino, misteriosa cadena de amor que aprisionas, entre delicados eslabones, a tu descendencia redimida y libre, merced al Espíritu del Señor!

La mujer que en el día del duelo universal por el triunfo de la inhumana sierpe, aparece como Iris de paz y de bendición al que miran las generaciones esclavas desde la infancia, es la maravillosa estrella que brilla en el Gólgota, irradia en la oscura noche del pecado e ilumina a la creación espiritual, cuando las iniquidades de la generación mala y adúltera, ra-

za de víboras, velaron la faz del Sol de Justicia, y sufrió eclipse la Luz Increada. La mujer que entabló enemistades con la serpiente en el Paraíso, es la misma que aplasta su cabeza en el Calvario.

Advertid, señores, que Dios no dijo a la serpiente: pondré enemistades entre tí y la mujer que ha de ser madre de mi Hijo por la generación temporal de mi Verbo, entre tu descendencia y mi Hijo, a quién enviaré a la tierra para redimir al mundo, sino que le anunció perpétuas, universales y absolutas enemistades entre ella y la mujer, entre su descendencia y la de la mujer; por consiguiente, verificada la Redención, aplastada la cabeza del infernal seductor, santificada la descendencia de la mujer, fué conveniente y necesario que Dios empleara la palabra *mujer* para declarar consumado el misterio, y que no le diera nombre en el Calvario, ya que no se lo dió en el Paraíso.

La razón católica vé con claridad los motivos que tuvo la Increada Sabiduría para llamar mujer, y no madre, a la Virgen que la llevó en su seno por milagroso consorcio del Espíritu Divino, considerando la misión de la mujer fuerte, blanco de las asechanzas del infernal tirano, de la mujer invicta destinada a hacer pedazos, con su virginal pié, las cadenas que, todavía sin salir del Alcazar de la vida, arrastraron los soberanos del Universo, de la mujer excelente fundamento necesario en la obra sobrenatural de la regeneración del hombre, de la mujer inmaculada madre del Hijo del Altísimo, de la mujer bendita entre todas las mujeres, por que esencialmente bendito

es el fruto de su vientre Jesús, de la mujer bienaventurada que con un *fiat* encerró al Inmenso en su seno e hizo que el Eterno naciera en el tiempo.

¡Oh! Verbo Encarnado, misterio inefable donde el Hombre es Dios y Dios es Hombre: Tú que te complaces en bajar de lo alto para llamar a los pecadores. Tú que te deléitas en habitar con los hijos de los hombres y que para redimirlos regaste con sangre la espinosa senda del Calvario. Tu que haces brillar en la tierra la luz indeficiente de los cielos e iluminas con resplandores divinos los negros horizontes de la culpa, dame, dame, un destello de esa luz para que pueda verte como eres, todo vida y todo amor, todo misericordia y consuelo.

En fuerza del decreto infinitamente misericordioso de salvar a la humanidad por la Encarnación del Verbo, fué predestinada para madre del hombre prevaricador, la mujer madre del Hombre-Dios, y el pensamiento divino de redimir al mundo, *sanguinis effusione*, la coloca en el Calvario para cooperar a la Redención, que es el triunfo de la mujer sobre la serpiente, la victoria de la descendencia de la mujer sobre la descendencia de la serpiente, el cumplimiento de la palabra empeñada por el Altísimo en la infancia de los siglos. *Inimicitias ponam...* Para cumplir la promesa con solemnidad proporcionada a la importancia de la victoria considerada en sí misma, y en sus consecuencias, por razón de las personas que intervienen en la lucha y la causa que la motiva, el Salvador, momentos antes de pronunciar el *consummatum est*, proclamó la maternidad univer-

sal de la mujer que estaba al pié de la Cruz, y desde aquella hora, es refugio de pecadores, consuelo de afligidos, salud de los enfermos, auxilio de los cristianos; canal obligado de todas las gracias y misericordias del Señor, y milagrosa escala destinada a unir el cielo con la tierra, la criatura con el Criador, la región de los espíritus con la región de la materia.

Ved, pues, a la mujer que se presenta con el carácter de vencedora ciñendo los laureles del triunfo, batiendo palmas sobre las huestes vencidas del averno. Ved a la mujer que, mientras la Fortaleza Divina agoniza y se queja del abandono en que la deja el cielo, permanece de pié, muda y estática junto a la Cruz Redentora.

Ved a la mujer que, a pesar de los sacudimientos y desmayos que sufre la naturaleza al morir el Autor del Universo, Ella, valerosa e intrépida, recoge con mano victoriosa, en la cima del monte del Sacrificio, los trofeos de la gran victoria. Ved a la mujer, sola en el Calvario, velando el cautiverio del opresor infernal, sujeto al Leño Sagrado con las ligaduras de la culpa, en justa represalia y merecido castigo por la perversidad satánica que suponen, la astucia con que procuró encontrar sola a la mujer del Paraíso, la ruindad de sus propósitos, la malicia que encierra el diálogo con ella sostenido, la perfidia con que la indujo a dar de comer a Adán la fruta del árbol prohibido, la infamia con que explotó la caída, y la crueldad con que encadenó al pié del árbol funesto a las generaciones desgraciadas.

El encuentro del ángel de las tinieblas con una

mujer en la soledad le valió un triunfo, gérmen de inmensa desdicha; contemplando la soledad de otra mujer vió con desesperación y rabia la ignominia y alcance de su derrota, causa de eterna alegría. De una mujer esclava porque pretendió ser como Dios, se valió el demonio para quitar al hombre la vida sobrenatural; de otra mujer, gran Libertadora, porque solo quiso ser esclava del Señor, se vale Dios para devolver al hombre la vida de la gracia. En la gran tragedia humana hay dos mujeres protagonistas; una, es causa de la desgracia y caída del hombre, por que Adán pecó, y perdió la justicia original sugestionado por ella; la otra es fundamento de su elevación y dicha, por que le dió a Cristo que es la Justicia misma; esas dos personalidades, aunque están bien definidas y no se pueden confundir, como no se confunden el pecado y la gracia, la muerte y la vida, la libertad y la esclavitud, sin embargo tienen común el nombre mujer, que es tan universal como la historia de todos los pueblos que llena y explica en todas sus fâces; que indistintamente se dá lo mismo a la que engendró a la humanidad al pié del árbol de la vida, que a la que la engendró a la sombra del árbol de la muerte, y que es de todos el más propio dada la autoridad y sabiduría de los que lo pusieron.

Allá, en el fondo de una floresta del Edén, en el tronco de un árbol, ocultó la primera pareja, con vergüenza, la desnudez en que la dejó el pecado de Adán, pues como ha dicho con profundo sentido teológico el ilustre marqués de Valdegamas, cuando la mujer cometió su primera flaqueza, el hombre co-

metió el primer pecado. Por eso el Criador llamó por su nombre, no a Eva, sino al gran culpable, para que confesara el pecado que transmitió a la posteridad *per seminale rationem*, en frase del Angel de las escuelas. Adán, Adán, ¿dónde estás? Señor contestó, yo he comido del fruto prohibido; la *mujer* que me habeis dado por compañera me ha ofrecido esta fruta.

Como gran misterio Dios llamó entonces, mujer, a la Virgen Inmaculada que había de quebrantar la cabeza de la serpiente, para vengar a la Eva terrena, a quién representó en el Calvario, donde el Adán celestial, con las humillaciones de la pasión, ganó para la humanidad la vida sobrenatural que había perdido por la soberbia del Adán del Paraíso, y la Eva espiritual, abrazada a la Cruz, hizo méritos para oír de los labios del Redentor la palabra: “¡Mujer, he ahí a tu hijo!”, que si le causa el martirio más cruel, y le impone la humillación más profunda, por eso la llaman bien aventurada todas las generaciones.

¿Puede darse en la criatura triunfo mayor? ¿La mujer pudo ceñir su frente con corona de justicia más meritoria y gloriosa? Sobre de Ella estriba todo el edificio de la regeneración espiritual. Ella es madre de la divina gracia y de la santa esperanza, y sin Ella continuaría cerrado el cielo, y el mundo de los espíritus envuelto en las sombras y tinieblas de una noche de angustiosos recuerdos. Todos los triunfos del espíritu sobre la carne, las victorias todas de la fé sobre los enemigos de Cristo y de su Iglesia, los

milagros de caridad que llenan de admiración los siglos, y los heroísmos de virtud que han poblado de justos la tierra y de santos el cielo, se deben a la protección y auxilio de la mujer madre de Dios y del hombre.

Y si tan necesaria es la mujer, por quién suspiraron los Patriarcas, para la restauración espiritual del mundo, y, si su existencia, vaticinada por los Profetas, brilla y resplandece en todas las edades, alegre y regocija las generaciones todas. ¿Podrá concebirse la sustitución de ese nombre que, por divina promesa, exige forzosamente estar ligado a la generación temporal del Verbo, que por misión sobrenatural, es inseparable del triunfo, y la victoria le está vinculada? En el momento decisivo de la lucha, cuando Jesucristo agonizaba en el Calvario, ni había motivo para mudar el nombre de la Vencedora, ni eso era posible, sin arrojar sombras, sobre el hecho más luminoso de la revelación. A la mujer prometió Dios el triunfo, a la mujer concedió la victoria. Una mujer, dice Salmerón el teólogo, debió encontrarse al pie del árbol que nos salva con el Hombre nuevo, así como, una mujer se encontró con el hombre viejo al pie del árbol que nos perdió. Mas, sobre todo raciocinio está la autoridad de la Sabiduría Eterna que, con ese nombre, anunció la obra de la Redención en el Paraíso, y la declaró consumada en el Calvario. Luego mujer es el nombre propio de la Virgen al pie de la Cruz.

Absorto, yo, en la contemplación de tanto misterio, en transportes de amor sobrenatural y de re-

ligioso entusiasmo, suelo decir. Como obra *ad extra*, que llaman los teólogos, agotó la potencia divina, la mujer madre, sin dejar de ser virgen, la Virgen madre del Hombre. Dios por la virtud del Altísimo, madre del hombre redimido por la palabra de Dios Hombre *Mulier ecce filius tuus...* Dios, con ser Dios, dice, el angélico Doctor, entre sus infinitos tesoros no tiene otro tan rico y hermoso, como María, verdadera madre de Dios, madre espiritual del hombre. Dios, enseña San Anselmo, pudo hacer algo más excelso que los cielos más hermoso que la tierra más sublime que los abismos, pero nada más hermoso, grande y sublime que su inmaculada madre María.

El ángel del Señor anunció a la Virgen su maternidad divina diciéndole: Ave, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres, entre todas las mujeres. ¿Por qué no le dijo: Ave, madre de Dios, porque Jesús es el fruto de tu vientre. No hubiera sido esta salutación más sencilla, propia y meritosa? ¿Por qué le dió tanta importancia a la mujer y a su nombre? ¿No es el nombre de madre de Dios más noble y glorioso que el de mujer, aunque sea bendita entre todas las mujeres? ¿Pudo el cielo conferirle esa dignidad y negarle el nombre? No. Es que el objetivo de la misión del Ángel fué anunciar a María que en sus virginales entrañas, el Verbo se haría Carne, para habitar entre nosotros; y como el Verbo Encarnado es la descendencia de la mujer, vencedora por naturaleza, de la descendencia de la serpiente, saludando y felicitando a la mujer, llenó su misión con sabiduría y habló con propiedad dig-

nas del enviado de lo alto, que había contemplado el misterio en la misma Esencia Soberana.

No podía ser madre de Dios sino una mujer llena de gracia; por eso el ángel, antes de manifestar a María su dignidad de madre del Hijo del Altísimo, la felicita, porque tiene la plenitud de la gracia, y es bendita entre todas las mujeres. Dios no pudo tomar la forma de siervo, sino en el seno de la Esclava del Señor. Así, la Virgen, cuando oye que ha de ser madre de Dios, dice: he aquí la Esclava del Señor. Si la Virgen se llama asimismo esclava, mujer la más humilde, ¿qué extraño es que el ángel la llame mujer bendita entre todas las mujeres? No hubo, no pudo haber descortesía en la salutación del embajador celestial, la hizo según el ritual del cielo. Ved, la significación bendita y misericordiosa que tiene la mujer en la obra de la Redención, como desgraciada y maldita la tuvo en la perdición y ruina del linaje humano. Ved, que la palabra mujer en boca del ángel que anuncia la Encarnación del Verbo, es amor, como que es la esposa del Amor Divino y madre del Amor Hermoso; es vida, porque llevó en su seno a la misma Vida; es salvación, luz y gracia, pues por Ella apareció la gracia del Salvador para enseñarnos a vivir con sobriedad, piedad y justicia, después de renunciar a los deseos del siglo y a toda impiedad. No cabe dignidad más alta, ni mayor glorificación.

En Caná de Galilea, con ocasión de una boda, modelo de las religiosas, dijo a Jesús su *madre*: No tienen vino. Respondióle Jesús: *Mujer, ¿qué nos va a mí*

y a tí? aún no ha llegado mi hora. Dijo entonces su madre (nombre que siempre le dá el Evangelista) a los sirvientes: "Haced lo que El os diga".

Nada más absurdo que apoyarse en la interpretación literal de este sagrado texto, para poner en boca de Jesucristo una reprensión tan dura y áspera como ésta, mujer déjame en paz, impropia de su mansedumbre y humildad, indigna de su condición de hijo el más respetuoso y considerado, e injusta, si se tiene en cuenta, que la Virgen pedía protección y favor, para unos parientes o amigos que les habían dado puesto de honor en un banquete de boda.

Para espíritus poco reflexivos, esta pregunta y respuesta podrán ser incompatibles con la maternidad divina de María, pero a la luz de la revelación, constituyen el hecho más glorioso de su vida pública, pues todas las circunstancias que lo rodean, demuestran el dominio que sobre la voluntad del Hijo tenía la madre, y el empeño del Hijo en hacerlo constar así. La madre del Salvador, aunque le oye decir, *mujer, aún no ha llegado mi hora; ¿qué nos vá á mí y a tí?*, no se considera desairada; penetra con soberanas luces las intenciones de Jesús; sabe que, como Mesías, no le es súbdito, pero cree que infaliblemente accederá a toda petición que le haga. Por eso no le arredra la contestación, y, dice, a los sirvientes, *haced lo que os diga*. Tan absoluta era la confianza que tenía en la eficacia de su intercesión. Divinamente inspirada, piensa que las palabras de Jesús, son una especie de alocución, para que los convidados se den cuenta de la importancia del milagro que iba a ha-

cer, y del valor de la súplica de la mujer que lo pedía. Solo así se explica que, siendo tan discreta, insistiera, en la forma que lo hizo, en el propósito de evitar la confusión de aquellos esposos, porque les faltaba el vino, y que Jesús premiara su misericordia en favor de los desgraciados, haciendo el primero de sus milagros.

Contra el hecho no vale argumento, dicen los escolásticos, y mi interpretación la confirma un hecho, que es verdadero milagro.

Los milagros de Jesucristo eran la credencial de su misión divina, por consiguiente debían publicarse, aunque, como este, los hiciera en familia, y de hecho lo publicó el Maestresala, mostrando sorpresa y advirtiendo a los esposos que todos servían al principio el mejor vino, mientras que ellos lo habían reservado para lo último. Testimonio de la misión sobrenatural de María, es la omnipotencia de sus súplicas; por eso el Hijo siempre las oye, aun en circunstancias tan desfavorables, como las que concurren en el hecho que admiramos. En este relato evangélico hay un misterio digno de ser atentamente considerado, pues la Virgen, con solicitud propia de madre (adelantó su hora), pide al Hijo un beneficio del orden puramente material, y El le dice: "*Mujer, aun no ha llegado mi hora; ¿qué me va a mí, y a ti?*"; es decir, nada nos importa lo que pides; sin embargo, por una sumisión filial, la más grande y obsequiosa, convierte el agua en vino. Por este milagro los discípulos creyeron más en El, manifestó su gloria, e

hizo honores de madre a la mujer que lo pidió y obtuvo.

¿Por qué, pues, le dijo mujer, y no madre? Porque ese nombre tenía en la tradición paradisiaca, expresión literal de la palabra y pensamiento de Dios contenidos en la promesa, que entonces comenzó a tener cumplimiento, pues Ella logró que se adelantara la hora del triunfo, a que estaba vinculada la corona que había de ceñir su frente, como Reina augusta de los mártires. Además, Jesucristo, prometido en la ley y los profetas, el Mesías esperado, era la encarnación viva y real de la promesa hecha por Dios de salvar al hombre, por medio del Hombre, descendencia de la mujer, a quien el Espíritu Santo hizo sombra con sus alas, y fecundó la virtud del Altísimo. Luego, mujer es el nombre propio de la madre del Hombre-Dios, como vencedora con El y por El, de la serpiente y de su descendencia.

De los labios del Redentor agonizante cayó en medio de los siglos la palabra: "¡Mujer, he ahí a tu hijo!", como la última y más grande de sus misericordias, ya que esa misma palabra, en forma de promesa, fué la primera de las misericordias que Dios hizo a la Humanidad. *Mulier, ecce filius tuus*, dijo el Redentor, mirando a María que estaba al pie de la Cruz, mientras que, sobre los hombros que le dió por hijos, derramaba a torrentes la sangre divina, que las turbas pidieron cayera sobre ellas y sobre sus hijos, al verlo hecho una llaga, y al oír el *Ecce Homo*, que pronunciado por un emisario del infierno las enfureció y llenó de espanto.

¡Qué contraste tan doloroso! ¡Qué efectos tan diversos y contrarios produce la palabra *ecce filius tuus* o *ecce homo*, con que Jesucristo encomendó a su madre, desde la Cruz, a la humanidad redimida, y los de la palabra *Ecce Homo* con que Pilatos mostró la persona del Salvador a las turbas! La palabra *ecce filius*, penetra en el corazón de María, lo inflama con el amor más generoso y encendido, la convierte en madre de la Misericordia, y desde aquel momento, Ella es, dice un piadoso intérprete, luna para los que caminan en las tinieblas del pecado, aurora para los que principian a nacer a la luz de la gracia, y sol para las que peregrinan en el mediodía de la santidad y de la virtud. Ella es—dice San Bernardo—clemente para con los hijos que están necesitados, buena para los que le piden, y dulce para los que la aman; clemente para los que entran en el camino de la penitencia, buena para los que andan por las vías de la perfección, dulce para las almas elevadas y santas; clemente para venir en nuestro socorro, buena para enriquecernos con sus gracias y dulce para darse toda a todos.

La palabra *Ecce Homo* pronunciada por el juez inicuo, desata las potestades del infierno, las turbas se apoderan del Salvador horriblemente desfigurado, ponen en su cabeza una corona de espinas, lo clavan en la Cruz, le dan a beber hiel y vinagre, atraviesan su costado con una lanza, y celebran la muerte del Hombre-Dios con blasfemias y sarcasmos que hacer llorar las piedras, ser el más insensible de la Naturaleza. Y si tan cruel fué su martirio, tan

grande el furor de sus enemigos y absoluto el abandono en que le dejó el Padre celestial, ¿por qué, El, Varón de Dolores, se privó del consuelo, dulce e inefable sobre toda ponderación, de llamar madre a la Virgen de los Dolores? Porque mujer la llamó Dios en el Paraíso, y Dios no rectifica. Es siempre el mismo, sus años no pasan, no se muda, es acto purísimo.

Dios llamó mujer, desde el Paraíso, a la Mártir del Calvario, para hacer morder el polvo a la maldita serpiente que, entonces, comenzó a arrastrarse con el pecho sobre la tierra, para atormentarla y hacerla pagar muy caro el triunfo barato que consiguió sobre la humanidad, todavía en la cuna, para amargarle la existencia con el pensamiento fijo ya en una mujer, que la había de aplastar al pie de un árbol, que no tendría otro fruto que el de su vientre, Jesús; pero aun más, para consolar al miserable Adán que, despojado de la sabiduría en que fuera creado, se disculpó acusando a la mujer su compañera. Parece, a primera vista, que con las palabras: "He comido el fruto que me dió a gustar la mujer que me diste por compañera", pretendió Adán declinar responsabilidades, y de algún modo decir a Dios: "Yo no hubiera comido el fruto venenoso si no me hubieras dado por compañera a la mujer". Pero si aquella confesión no fué humilde y sincera, donde abundó la malicia, superabundó la misericordia, y Dios, para reparar los males que ocasionó la primera mujer, prometió dar a la tierra a la que poseyó desde el principio de sus caminos, para que triturara la cabeza del infernal seductor, mientras acechaba

su calcañal.

Y si del terreno de las teorías pasamos al de los hechos, vemos que en el libro de la revelación, la palabra mujer es tan sagrada como la de madre, pero es más universal; por eso, mujēr es el nombre propio de la madre de todos los vivientes. Son dogmas fundamentales de la divina revelación que la mujer engañada por la serpiente comió la fruta del árbol que estaba en medio del Paraiso, con la esperanza de ser como Dios, por el conocimiento del bien y del mal; que Adán denunció a la mujer, causa de su perdición, porque le dió a gustar la fruta prohibida; que el ángel caído, para desfigurar y arruinar la obra predilecta de Dios, tomó por instrumento a la mujer; que Dios eligió a la mujer para salvar lo que había perecido; que Jesucristo al morir, para dar al hombre vida sobrenatural, le dió por madre a la mujer, que estaba al pie de la Cruz, viendo lavar con su propia sangre la mancha de la culpa que trajo la muerte al mundo. Estos hechos sagrados demuestran que mujer es la palabra gloriosa con que Dios prometió restaurar su obra, grabando de nuevo en el alma del hombre la imagen de su Ser, la semejanza de su Naturaleza, que el pecado borró; que mujer es la palabra misericordiosa con que Jesucristo declaró redimida a la humanidad esclava: Luego mujer es el nombre propio de la madre del hombre redimido y libre.

Adoro el misterio, mientras mi razón declara decisivo este argumento. Como el género comprende las especies, así la palabra mujer, en el misterio de

la Redención, comprende las dos filiaciones de naturaleza distinta que proceden de la doble maternidad de María; esa palabra pronunciada por Dios en el Paraíso resonó, como divina y consoladora promesa, en toda la tierra; repetida por Cristo en el Calvario, convirtió la promesa en realidad infinitamente misericordiosa; es la palabra obligada para señalar a la Corredentora.

¡Salve, mujer bendita entre todas las mujeres, porque eres madre del Verbo, que por nosotros los hombres y por nuestra salud descendió del cielo!

¡Salve, mujer admirable más que todas las mujeres, porque eres madre de los hombres que redimió el Verbo hecho carne!

¡Salve, mujer madre de Dios, que se hizo Hombre en tus virginales entrañas; madre del hombre, que, solo tiene la vida de la gracia por el bautismo de tu sangre, que en Cristo divinizó la unión hipostática, y que derramada en el Calvario, hasta el último día de los tiempos, caerá, gota a gota, sobre la humanidad redimida, por más que los hombres vuelvan las espaldas a la Cruz.

San Juan, confidente íntimo e intérprete infalible del pensamiento y voluntad del Maestro Soberano, dice en su Evangelio: “Estaban junto a la Cruz de Jesús, su *madre* y la hermana de su *madre*, María Cleofe, y María Magdalena. Habiendo visto Jesús a su *madre* y al discípulo que amaba, dijo a su *madre*: “Mujer, he ahí a tu hijo”: Después, dijo al discípulo: “He ahí a tu madre”. Repitiendo el Evangelista cuatro veces la palabra madre, no parece sino que quiso

prevenir toda dificultad y disipar cualquiera duda que pudiera ocurrir por la palabra mujer, con que Jesucristo nombró a su madre, dos veces, en su vida pública. En tan auténtico testimonio, con verdadero flujo de repeticiones, se hace constar que es madre de Jesús la mujer que está al pie de la Cruz; pero esa misma mujer es madre del discípulo. Luego la mujer madre de Jesús, Dios, es madre del discípulo, hombre; luego la palabra mujer, que Cristo pronunció en la Cruz, se refiere a las dos maternidades: a la divina que le reveló el ángel e inundó su alma de gloria, y a la humana, que tuvo por nuncio al mismo Dios, y que anegó su espíritu en un mar insondable de lágrimas, aflicciones, penas, dolores y amarguras.

San Bernardo, comentando la palabra, “¡Mujer, he ahí a tu hijo!”, lamenta la sustitución del Hijo del Altísimo por el Hijo del Zebedeo, del Justo por el pecador, del Maestro por el discípulo, de Dios por el hombre. Prueba evidente de que, para tan esclarecido Doctor, la Mujer, madre del Hijo del Altísimo, del Justo, del Maestro, de Dios, es también madre del hijo del Zebedeo, del pecador, del discípulo, del hombre. Por tan doloroso cambio exclama: “¿Cómo no había de desgarrar vuestra sensibilísima alma esa palabra, cuando nuestros corazones de piedra y hierro se despedazan, sólo con recordarla? Mirando yo esa misma palabra, desde punto de vista menos subjetivo, más universal, con relación a la vida espiritual de la humanidad redimida, que es la vida misma de Cristo, digo: La palabra “¡Mujer, he ahí a tu hijo!”, es la más misericordiosa que el hombre pudo

oir en el abismo de degradación y miseria en que lo sepultó el pecado, es la más alegre, risueña, eficaz y graciosa de las que han salido de la boca de Dios Redentor.

Explica mi pensamiento, con admirable profundidad teológica, el siguiente bellísimo pasaje de Orígenes: “Cuando Jesucristo habló a María indicándole a San Juan, le dijo: Tú tienes, oh mujer, en la persona de Juan, que está al pie de la Cruz, al mismo hijo que está en la Cruz, tu Jesús, a quien engendras-te y que se encuentra en su discípulo como la cabeza en los miembros. Reconoce en él los efectos de mi redención, los vestigios de mi sangre, la comunicación inefable de mi gracia, y hasta la participación de mi naturaleza. Nada le falta para ser otro yo, una misma cosa conmigo, y supuesto que yo soy tu hijo, él lo es también; y todos los que tengan los mismos títulos, y se encuentren en las mismas condiciones que Juan, se hacen, desde este momento, en mí y conmigo, tu hijo único.” Es evidente que, según el testimonio de Orígenes, Padre de la Iglesia muy erudito, la palabra: “¡Mujer, he ahí a tu hijo!”, equivale a la de Madre de Jesús, que es su hijo único, a quien están unidos, como el injerto al árbol, e incorporados, como los miembros de un cuerpo a su cabeza, los hombres que tienen la vida de la fe.

Esta doctrina tiene precedente en la epístola de San Pablo a los gálatas, donde el Apóstol dice: “Y yo vivo ahora o más bien no soy yo el que vive, sino que Cristo vive en mí. Así la vida que vivo ahora en esta carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual

me amó y se entregó así mismo a la muerte por mí". Fundamento de esta unión es la súplica que Jesús hizo a su Padre antes de ofrecerse a la muerte. "Yo he comunicado mi gloria a mis discípulos para que sean y compongan conmigo una misma cosa, así como vos y yo, ¡oh Padre mío!, somos una misma cosa."

Siendo la maternidad divina en María razón de su existencia, fundamento de su grandeza, origen de sus prerrogativas, principio de sus privilegios, ni siquiera se la puede concebir despojada de ella, y sería horrible blasfemia pensar que tal hiciera su Hijo, con quien estaba clavada en la Cruz. Abismada mi alma en la consideración de la caridad inmensa que revela la última voluntad del Hombre-Dios, doy, siempre, preferencia a la tercera cláusula de su testamento, en la que me instituye legatario favorecido con el seguro de vida eterna, y estudio la palabra: "¡Mujer, he ahí a tu hijo!", a la luz de este raciocinio que me inspira la devoción que profeso a la Virgen de mis amores. La mujer, María, es madre de Dios por generación temporal del Verbo, es también madre del hombre por generación espiritual; por consiguiente, la palabra mujer en boca del Redentor, con relación a María, expresa su maternidad por adopción, medio infalible de predestinación a la gracia y a la gloria que tiene el hombre, desde que la recibió por madre, pero principalmente la divina, que es la íntima, fundamental y necesaria, pues sin ella no hay víctima que dé satisfacción de condigno al Padre, ni sangre que lave la mancha de la culpa, ni Sacrificio que aplaque a Dios ofendido, ni redención

para el mundo esclavo, ni la Humanidad Sacratísima de Cristo estaría en el Cielo brillando la corona de gloria de los bienaventurados.

Y si es cierto que en la creación material todas las cosas fueron hechas por el Verbo Eterno, también la creación espiritual es obra del Verbo hecho carne, y que nace en el tiempo. En el principio, Dios, que es el Verbo, con un acto solo de su voluntad y una sola palabra de sus labios, sacó de la nada todo lo que tiene ser y vida en el Universo: en la plenitud de los tiempos, el Verbo Encarnado, para dar vida al hombre todo sobrenatural, lo hizo hijo de su propia madre, en fuerza de esta palabra: “¡Mujer, he ahí a tu hijo!” Aquella palabra tuvo eficacia infinita en el orden de la naturaleza, ésta la tuvo en el orden de la gracia: aquella palabra es el *fiat* con que el Omnipotente hizo aparecer la creación material con todas sus maravillas; esta es, el *fiat*, con que Jesucristo renovó la creación espiritual, donde es milagro de los milagros, maravilla de las maravillas, y misericordia de las misericordias, la mujer madre de Dios y madre del hombre.

Yo, por lo mismo, la veo entre nubes de gloria rodeada de los bienaventurados, como que es Reina de los cielos, mansión de felicidad suprema y eterna. Yo la descubro entre las densas tinieblas del Calvario acompañada de todos los que padecen y lloran, porque es Reina de la tierra, lugar de expiación y de sacrificio. Yo la contemplo en medio de la creación espiritual, como el centro de donde parten y a donde convergen todas las obras divinas, así como del

disco luminoso del sol parten y a él convergen, todos los rayos de luz que alumbran y vivifican el mundo de la materia. Yo la admiro en la tierra virgen, pero maravillosamente fecunda, de la cual brotó el Salvador, al que vistió con la carne del hombre para que el hombre tuviera la vida de Dios. Yo me complazco al considerar que su gloria, su grandeza, sus triunfos, sus prerrogativas todas, absolutamente todas, se refieren y ordenan a su condición de Corredentora por la que nos engendró y dió a luz en el Calvario; nosotros somos sus hijos, y Ella es nuestra Madre.

Jamás hubo una maternidad tan dolorosa, excelsa, meritoria, sublime y digna del amor del hombre como la que hace veinte siglos, se verificó en el Calvario. No hay abnegación tan heroica como la que le imponían las miras que se propuso, nada tan doloroso como el motivo porque se inmola y la ocasión, circunstancias y momento en que recibe al hombre por hijo, y el hombre la acepta por Madre.

Una obediencia ciega a los decretos del cielo, al mandato de su Hijo, y una sed insaciable de la salvación del linaje de Adán, fueron las miras que tuvo cuando recibió la misión, tan dolorosa como providencial, de ser madre del hombre. Una caridad ardentísima y un amor insuperable, son los motivos que le dan fuerzas para no caer desmayada en el momento en que recibe por hijos a los verdugos, que despojan de sus vestidos, dan hiel y vinagre, insultan con sarcasmos y befas, clavan en un madero y abren

con una lanza el costado del Justo, de Jesús, el Dios de su corazón y el Hijo de sus entrañas.

Aún hay más; pues continúa el Sagrado texto: Después, dijo al discípulo: He ahí a tu madre, y desde aquella hora la recibió el discípulo como suya. Luego María no sólo tuvo que aceptarnos por hijos, porque Dios se lo impuso, sino que también nosotros la obligamos, pues San Juan en representación de todos los hombres, la aceptó como Madre, la recibió; la aprisionó; que todo este alcance doy yo al texto sagrado que dice: *Et ex illa hora accepit eam discipulus in suam.*

Y es saludable imposición ¡oh Reina augusta de los mártires! Vuestro oficio de madre cerca del hombre; porque estas palabras del Redentor: "He ahí a tu hijo", son absolutas, preceptivas, terminantes, expresan una voluntad irrevocable, encierran un mandato ineludible y tienen una eficacia en el orden sobrenatural, más benéfica que la que tuvo en el de la naturaleza, el *fiat* con que el Verbo, en la infancia de los siglos, hizo aparecer la primera aurora que alegró los cielos, la primera flor que perfumó los valles, la primera brisa que refrescó los mundos y el primer rocío que fecundó la tierra.

MARÍA, AL PIE DE LA CRUZ, NOS
ENGENDRÓ POR AMOR SOBRENATURAL

También María, al pie de la Cruz, es Madre del hombre, porque cooperó con amor a devolverle la vida sobrenatural que perdió en el Paraíso, al pie de

un árbol. La vida sobrenatural del hombre, señores, procede exclusivamente de la Redención, que fué obra del inmenso amor de Dios a la Humanidad: "*Sic Deus dilexit mundum ut Filium suum Unigenitum daret*": se lee en las Sagradas Letras: De tal modo amó Dios al mundo que le dió a su Unigénito; por consiguiente, María es Corredentora; para serlo, tuvo que cooperar con un amor sin tasa ni medida a esa vida sobrenatural. ¿En qué momento prestó esa cooperación? Cuando el gran Pontífice le anunció que en su alma había de soportar los mismos dolores que sufriría la de Cristo: "*Et tuam ipsius animam gladius pertransivit*". ¿Cuándo la consumó? En el instante mismo en que su Hijo-Dios, pendiente de la cruz, le dijo: "Mujer, he ahí a tu hijo": "*Mulier, ecce filius tuus*".

El amor tiene la misma naturaleza que el dolor, y es siempre su medida; por eso infinitos fueron los méritos y padecimientos de Cristo, como infinito fué el amor que lo clavó en la Cruz para la redención del mundo: María apuró las heces del Cáliz amarguísimo de la pasión de su Hijo, porque límites no tuvo el amor que la llevó al Calvario para ser madre del Hombre. Todas las mujeres del mundo no pudieron amar a sus hijos, como amó María al hombre, desde que recibió el encargo de ser su madre.

Sólo el amor pudo superar la vehemencia del dolor de María: sólo la caridad pudo sostenerla de pie, junto a la Cruz, mientras la naturaleza lloraba la muerte de su Hijo, porque el sol apagó sus fulgores, tembló la tierra, los montes se desgajaron y hasta

los sepuleros se abrieron. Y es que, si la misión del Redentor terminó al expirar, diciendo *Consummatum est*: Todo está consumado, la de María Corredentora, tuvo desde aquel momento una faz, si cabe, más dolorosa, pero que la exalta y diviniza, porque permaneció en el Gólgota para recoger, en medio de la confusión y espanto de la turba deicida, los trofeos de la victoria, clavos, espinas, cruz y lanza, mientras que los hombres que había adoptado por hijos comenzaban a recibir el influjo de su amor de madre, abriendo los ojos para ver al que es Luz y Revelación de las gentes, hiriendo sus pechos para confesar, desde el fondo de sus corazones contritos y humillados, que el que moría en la Cruz, entre dos ladrones, era verdadero Hijo de Dios.

En este momento contemplaba el Doctor seráfico a María identificada con Dios en el pensamiento de salvar al mundo por el amor, toda convertida en los instrumentos de la Pasión, toda abismada en el océano sin fondo de dolores, sangre, tormentos y agonías que sufre Jesús, la sagrada Víctima, por cuanto todo ello se había recogido en el alma de aquella Virgen Madre, de una manera incomparablemente más sensible y cruel que si ella misma lo hubiera experimentado en su cuerpo.

Después del amor del Padre celestial, enseña San Buenaventura, sigue inmediatamente el amor de María para con el género humano. El mismo Dios le comunicó las llamas de su caridad para con nosotros. Su alma santísima fué penetrada e inundada de ella, y su corazón fué abrasado por los ardores de este

fuego celestial. La obra de nuestra redención se le hizo más amada que la vida preciosa de su Hijo.

Ponderando el Doctor melifluo la generosidad y el amor, el sacrificio y la caridad con que María entregó su hijo a la muerte para la redención del mundo, dice: "El Hijo le era más amado que su existencia propia; y, sin embargo, nosotros le fuimos más amados que su Hijo santísimo, supuesto que ella lo dió y lo sacrificó voluntariamente por nosotros. Tal fué la vehemencia de su amor y la ternura de su cariño para el mundo, que dió a su Hijo único para salvarlo." "Pero, ¿por qué admirarse—dice el mismo santo Doctor—, si el seno de María es parecido al seno de Dios en la generación, su corazón es también parecido en el amor al corazón de Dios? Ella engendró en el tiempo a su Hijo único con una fecundidad semejante a aquella por la que Dios lo engendró desde la Eternidad, y como él, lo dió con el mismo sentimiento de desinterés y con el mismo amor. La donación que Dios nos hizo de El es el efecto de una caridad que excede la imaginación y que no podría ser mayor, y la donación de María es igualmente el efecto de una caridad que la imaginación no puede alcanzar y que no cede más que a la de Dios.

Madre la más desolada, llama a María San Lorenzo Justiniano, porque fué la más enamorada de todas las vírgenes. Vestida del Sol, la ve un piadoso contemplativo, porque si en la Encarnación el Sol de Justicia envolvió su carne inmaculada, en el Calvario penetró su alma y la envolvió en la llama de su amor inmenso, de su caridad infinita. Y siendo

esto así, ¿no es verdad que yo puedo afirmar lo que dije al principio, que María al pie de la Cruz, nos engendró por amor sobrenatural y con caridad divina? ¡Ah!, sí; preciso es creer, y yo tengo la dicha de confesarlo; que la Redención es la obra por excelencia de Dios; Caridad por esencia, de Cristo; Misericordia infinita, por naturaleza, de María: Amor sin límites, por gracia.

MATERNIDAD DE LA VIRGEN POR LA SANGRE QUE DIÓ PARA REDENCIÓN DEL MUNDO

El corazón de la Virgen suministró la sangre para revestir con la carne de nuestra mortalidad al Hijo del Altísimo, consustancial y en todo igual a su Eterno Padre, Rey de cielo y tierra, Maestro soberano de todas las generaciones. María, Madre y Víctima al mismo tiempo, cooperó con su sangre a la vida sobrenatural de la Humanidad. ¿Dónde tomó carne el Verbo Eterno? En las entrañas de María. *Et incarnatus est de Spiritu Santo ex María Virgine et homo factus est*, reza el símbolo de los Apóstoles. — ¿Para qué tomó esa carne? *Propter nos homines et propter nostram salutem*, añade el mismo símbolo. ¿Cómo se verificó la Redención? *Sanguinis effusione. Sine sanguinis effusione non fit remissio*, ha dicho un escritor inspirado. ¿Qué sangre se derramó en la Cruz como estipendio del pecado para salvación del linaje humano? La sangre de Cristo que es la sangre de María: *Sanguis Christi, sanguis est Mariæ*, enseña San

Agustín. Luego María, al pie de la Cruz, nos engendró con su sangre.

Siendo María la criatura que, en la mente divina tuvo mayor conformidad con el segundo Adán, tipo ideal primero de las existencias finitas; predestinada, desde toda la eternidad, para llevar en su seno el germen davídico; elegida, como vencedora de la serpiente, para ser madre del Salvador, no es posible prescindir de Ella en la obra de la Redención del mundo por la sangre de su Unigénito, como no se puede separar de un gran cuadro la figura que encarna el pensamiento del artífice, y que, por su belleza, forma y colorido, da a las demás un realce visible por eso, los hombres que caen a uno y otro lado de la cruz, la ven en el cielo de la gracia, más refulgente que está el astro rey en el de la Naturaleza; se abrazan a ella, en medio del diluvio de males que amenaza anegar al mundo, como a maravillosa Arca que flota en el proceloso mar de las existencias creadas; la contemplan en los horizontes de la vida, cual Iris de paz y de reconciliación entre el cielo y la raza culpable; la miran mientras peregrinan en este mundo, donde es milagrosa zarza que arde y resplandece sin quemarse, y la saludan en sus aflicciones, luchas y victorias con este grito de amor y de entusiasmo, que espontáneamente brota de todos los corazones: *Vita Dulcedo, Spes nostra. ¡Salve!*

Por la prerrogativa de Corredentora que identificó a María con el Salvador en los momentos supremos en que dió vida a la humanidad, a costa de la sangre de valor infinito que brotó de sus heridas;

Ella es la Virgen de los Dolores, es decir, el bálsamo y el consuelo, la esperanza y el refugio de los que padecen, sufren y lloran en este valle de lágrimas. El justo a Ella acude en sus combates, cuando la tentación arrecia, le faltan las fuerzas y necesita apoyo sobrehumano para no caer; el pecador, bajo su negro manto se acoje para ocultar las manchas de su alma, mejor, para lavarlas con la mezcla de sangre divina y de purísimas lágrimas de que está empapado; el náufrago la mira como Estrella del mar que alumbra los abismos y guía sus pasos hacia la playa hospitalaria; la Virgen le consagra los suspiros de su corazón afligido; la viuda, los ayes de su alma desolada; la madre, el grito de dolor de su pecho herido por la enfermedad del hijo de sus entrañas; y como el patrimonio de todos los hombres son las lágrimas, todos a la Virgen de los Dolores acuden en demanda de protección, alivio y consuelo, y como todos hemos sido concebidos en la iniquidad y en el pecado, según frase del Profeta Rey, todos necesitamos la intercesión de la Virgen de los Dolores para reconciliarnos con Dios; perdón, gracia y misericordia, que no puede negarnos, después que Jesucristo compartió con nosotros los títulos de filiación y de fraternidad espiritual, por el hecho de darnos por Madre a su propia Madre.

Queréis ahora, mis hermanos, que yo os presente, en síntesis, toda la doctrina de mi discurso, toda la fuerza de mi argumentación, la verdad de mi tesis y la lógica de mis deducciones? Pues escuchad atentos este raciocinio tan breve como persuasivo. El

milagro más grande del amor sobrenatural y de la caridad divina sostuvo a María al pié de la Cruz, para que nos adoptara por hijos: Cristo redimió al mundo con la sangre que tomó en las entrañas de María: infinitos fueron los padecimientos de Cristo e inmensos los dolores de María, por que una misma espada atravesó el alma de Cristo y el alma de María: Luego: María al pié de la Cruz, nos engendró por amor sobrenatural y con caridad divina; nos engendró con su propia sangre, y nos dió a luz en medio de inmensos dolores. En María Corredentora concurren los constitutivos esenciales de la maternidad, que son dolores, sangre y amor: Luego: María al pié de la Cruz, es nuestra madre. La palabra de Cristo, mujer, he, ahí, a tu hijo, fué causa eficaz de esa maternidad de la Virgen, que el hombre adora por necesidad y exigencias de su vida espiritual, de su salvación eterna.

Permitidme ahora, señores, una digresión que tiene relación estrecha con el pensamiento capital de mi panegírico.

LA IGLESIA DE SAN FRANCISCO ES EL SANTUARIO DE LAS PALMAS

Siendo este mundo un destierro y valle de lágrimas, todos los hombres lloran, lo mismo en la desgracia que en la prosperidad; llora el náufrago en presencia de la tabla que le sacó a flote sobre las aguas del Océano; llora el ilustre proscrito cuando después de prolongado ostracismo, vuelve a respirar

bajo el cielo estrellado de la patria; llora el creyente cuando al regresar de larga peregrinación, recita una plegaria en el templo amasado con el sudor y con la sangre de sus mayores, a la sombra del campanario que recogiera los suspiros de sus antepasados y sobre la tumba que encierra las cenizas de sus abuelos; llora la heroína y el mártir, la mujer y el ángel de hogar doméstico, a quién todos damos el nombre, que es miel en los labios, de madre, cuando después de larga ausencia, dolorosa enfermedad o peligro de inminente desgracia, sano y salvo, estrecha entre sus brazos al hijo, pedazo muy querido de sus entrañas. Poesía, amor y gracia encierran las lágrimas que derraman la pudorosa doncella y la inocente virgen, siempre que colocan en el altar de la Virgen Madre las canastillas de flores que brotan en los jardines, en aquella estación del año en que el cielo luce sus más preciosos arreboles y la tierra viste sus mejores tapices; justificadas están las lágrimas del guerrero aún en el campo de batalla, cuando después de horrible y espantosa hecatombe, resuenan himnos marciales y de gloria con que la Patria agradecida saluda a la bandera, y celebra las hazañas de sus hijos, de sus héroes y de sus mártires. Lloran los héroes como lloró César en presencia de la estatua de Alejandro, al contemplar lo sublime del orden moral, encarnado en el protagonista insigne de singular y grandiosa epopeya, y hasta el Hombre Dios lloró sobre el sepulcro de Lázaro y a las puertas de la Ciudad deicida.

La necesidad de llorar nos congrega, con fre-

cuencia, en esta Capilla de la Virgen de la Soledad, donde todos derramamos lágrimas de dolor y de gratitud; de dolor, en las horas en que la tribulación y la angustia visitan el hogar de nuestras familias y amigos; de gratitud, siempre que postrados ante la imágen de la Virgen de los Dolores, celebramos algún triunfo de su amor y de su misericordia.

Un día pregonamos sus alabanzas, porque la tempestad arroja a las costas de Africa a marineros pobres y desvalidos, que sin tener más que una fé habitual, por rudeza de entendimiento, quizá por descuido en la educación, y con mucha frecuencia, porque la pobreza de sus padres les obliga a despecharse sobre la cubierta del barquillo en que se prepara el alimento, tan sabroso como necesario para los pobres del pueblo canario, no obstante esa lamentable ignorancia, saben que esta Parroquia está consagrada a la Virgen de los Dolores, cuya imágen llevan en la bodega del barco, y a ella acuden en la desgracia, a ella invocan en el desamparo; y cuando regresan al puerto, dan público testimonio de su fé, viniendo a este templo acompañados de sus esposas, madres y amigos, para derramar lágrimas de gratitud y de amor a los pies de esa imágen bendita; porque a la Virgen de los Dolores acudieron, pidiéndole que les librara de la muerte, y que sus hijos no tuvieran que mendigar un pedazo de pan negro y amargo, como negras y amargas son siempre las penas de la orfandad: otro día, es la piedad de persona de posición que ofrece votos, cae de rodillas, derrama lágrimas y

exalta la protección de la que es madre de Dios y de los hombres.

Testigos mudos, pero elocuentísimos de esta afirmación, son esas bóvedas embalsamadas por los suspiros de aristocráticas damas y de pobres, pero muy nobles mujeres de pueblo; ese pavimento impregnado con las lágrimas del sabio y del hombre sin letras, donde todos, a una, proclaman la necesidad de acudir a María, porque ella es nuestra Madre.

Esa mujer, Madre de misericordia, Puerta del cielo, inspiró a San Bernardo el *Respice Stellam; Voca Mariam*, porque mirando a la estrella, invocando a María, encuentra consuelo el afligido, halla paz el conturbado, obtiene gracia el pecador, persevera el justo, y a todos alcanza la dicha de ver a Dios en los cielos, como es, cara a cara, sin espejos y sin enigmas.

¡Oh Virgen de los Dolores, Madre de Dios, y Madre del Hombre!, protégenos, ampáranos, defiéndonos, pues nosotros resolvemos nunca abandonar el Calvario, jamás dejarte sola al pie de la Cruz, convencidos como estamos de que, de ella pende el que es la fuente de la salvación y de la vida, Jesús nuestro Redentor; que al pie del Sagrado Madero te encontraremos siempre, a Tí, canal maravilloso por donde corre la sangre de aquella Fuente divina, mezclada con tus lágrimas, y que tiene eficacia para lavar todas las manchas, perdonar todas las culpas, purificar todos los corazones y llevarnos sobre sus divinas ondas al puerto de refugio de la Gloria.

Madre amantísima de nuestras almas; contritos y humillados, como hijos de bendición, y para mitigar tus penas, prometemos llevar una vida de sacrificio y de amor, de martirio y de caridad, a fin de que, en la hora de nuestra agonía, puedas aplacar al Juez de vivos y muertos, diciendo: "Ved ahí a mis hijos; me acompañaron al Calvario; se abrazaron conmigo a la Cruz; los redimiste con tu sangre, que es también la mía; los engendré por amor; les dí a luz en medio de inmensos dolores; me recibieron por Madre; no me abandonaron en el día de la tribulación; es de justicia que me acompañen a celebrar el triunfo de tu mano vencedora, cantando conmigo en el Cielo, por los siglos de los siglos, el himno de eterna victoria.

A S I S E A

